



"Este es el Caudillo". Fotografía de Helmuth Kurth. Retrato aparecido en *Vértice* n° 4, julio-agosto de 1937



JOSÉ-CARLOS MAINER

Nociones de iconología del caudillaje

La imagen de todos los dictadores fascistas arrastra y proyecta los oscuros diseños colectivos que los llevaron al poder. Las modernas dictaduras son (y eso es lo más perverso de su horror) el envés de la vida democrática. Es falso suponer que unos grupos esbozan una imagen de sí mismos y de sus líderes y la imponen a una opinión pública crédula o maleable. Son, en realidad, los intereses y las pasiones previas más difusas las que dibujan al salvador que necesitan y cuando encuentran el aventurero o el iluminado que puede encarnarlas, la mitad del trabajo ya está hecho: no hay liderazgo que no suponga una complicidad “democrática” que pasa a ser obediencia. Todo fascismo tiene –y se enorgullece de tenerla– una fase conspiratoria y apostólica, tras la que se percibe una poderosa pulsión de unidad, que es la violencia de la simplificación. Pero, en el fondo, significa el paulatino consenso de muchos intereses a los que solamente une el repudio por la democracia. Decir nazismo no es solamente mentar un grupo de excombatientes que reúnen sus nostalgias en cervecerías. También entraña hacerlo de militares profesionales nacionalistas, de clases medias que amalgama el antisemitismo, de obreros sin trabajo dispuestos a acusar de su desgracia a una indefinida oligarquía. Detrás de Mussolini hay católicos y ex-socialistas, grandes propietarios agrícolas y pequeños comerciantes, universitarios y semianalfabetos. Y lo mismo sucede con las aguas turbias que la resaca de 1940 llevó al régimen de Vichy y, por supuesto, con los ingredientes que en 1936 salieron a la calle (o permanecieron en sus casas, cerradas a cal y canto) cuando se sublevó el ejército de Marruecos.

La imagen de cada uno de los personajes que se alzó con la representación de aquellos movimientos fue el promedio de la necesidad y la invención. Benito Mussolini y Adolf Hitler evocan, de entrada, un ingrediente de identificación plural: uno y otro encarnan a la gente que dejó su juventud en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, el uno para sufrir las consecuencias de una injusta derrota y el otro para denunciar las limitaciones de una victoria que estaba siendo gestionada por políticos

La construcción
de Franco:
primeros años

incompetentes y traicionada por obreros comunistas. Sin la huella de guerra europea, no se entendería la naturaleza paramilitar de la constitución de los nuevos partidos y la simpatía cómplice que todavía suscitaba la propaganda juvenilista que se difundió entre 1914 y 1918. La juventud en armas y la generosidad fraternal del antiguo combatiente son el antídoto de una sociedad sin ilusiones, de la burocracia sin imaginación, de la burguesía egoísta, de la trivialización internacional de valores: así se constituyeron las referencias de una moral de autoexigencia, devoción y rigor en la que confluyeron los intereses de una derecha desilusionada por sus líderes y de una izquierda nacionalista que desconfiaba fuertemente del internacionalismo. El Hitler de *Mein Kampf* (1926) se presentó como el mártir de aquel purgatorio y el paladín iluminado que había de rescatar las glorias de Alemania, aunque estas fueran —en buena medida— el lúgubre, monumental y pesado pangermanismo decorativo, elaborado por la burguesía alemana desde 1870 hasta 1914 (el repudio de la tradición “moderna”, asociado siempre a la condena del “arte degenerado” de 1935, fue parcial, sin embargo: un pintor expresionista y místico como Emil Nolde contó con la admiración de Goebbels y el noruego Edvard Munch fue considerado un alto exponente de la creatividad germánica). El proyecto estético de Mussolini fue, en el fondo, mucho más autónomo. De ahí que conviviera con mayor soltura con los desplantes futuristas, con la pintura metafísica o con la arquitectura de vanguardia, o incluso que tuviera sus fuerzas divididas en la significativa polémica entre los *strapaese* —ruralistas— y los *stracittà*, exaltadores de lo urbano contemporáneo.

La elaboración iconográfica de los liderazgos representativos descansó, en ambos casos, en un punto de partida idéntico: hombres en la primera madurez, serios y magnéticos, permanentemente vestidos de uniforme que era símbolo de su vigilancia y permanentemente confrontados a la multitud que les aclama, como signo de la responsabilidad histórica que han hecho suya. El uno añade ademanes —que bordean el ridículo— de virilidad agresiva; el otro prefiere proyectar cierto misticismo reconcentrado e hierático que estalla en una oratoria convulsa: ambas adherencias dicen, sin duda, mucho más de sus pretorianos que de sí mismos. El caso más llamativo (y, sin embargo, muy importante para valorar la construcción de la imagen de Franco) es el del mariscal Philippe Pétain que, en muy breve espacio de tiempo, fue erigido como caudillo de Francia. Aquel octogenario encarnó, como él mismo decía, al “padre” colectivo, ya que difícilmente podía ser el hermano mayor o el hijo heroico: he hecho “don de ma personne”, decía, en frase que Franco pronto hizo suya. Y no pareció querer imponer un nuevo régimen sino restaurar algo que se había quebrado; la “revolución nacional” de Pétain se concibió como un regreso a las fuentes, que iba más allá de los partidos e intereses que agrupaba. Pétain pretendía ser algo más que los generales ambiciosos y que los políticos amortizados que le seguían, que los proalemanes ardorosos o que los muchísimos grupúsculosseudorrevolucionarios, fascistas o simplemente reaccionarios, que le flanquearon. No es casual que la defini-



Detalle de la lámina
de Carlos Sáenz de Tejada
"La Falange", reproducida
en *Vértice* nº 4, julio-agosto de 1937

ción de su creación política –"État Français"– y su liderazgo –"Chef de l'État"– fueran copiadas por Franco; uno y otro orillaban así la definición ideológica –República o Monarquía– que entendían insuficiente y exaltaban lo que su tarea tenía a la vez de continuidad y refundación. La idea de lealtad fue básica en ambos casos. Pétain lo había sacrificado todo por Francia y tenía derecho a exigir de cada francés el pago en



Izda. Cardenal Gomá por Jalón Ángel

Dcha. Francisco Franco por Jalón Ángel



la misma moneda. El general valetudinario que interrogaba desde los carteles acerca del sacrificio que estaban dispuestos a hacer sus súbditos inspiró, sin duda, el Franco algo más joven que pedía disciplina y que en los años otoñales de su mandato vitalicio, gustaba presentarse como el hombre providencial abrazado a su juramento de servicio.

La consagración de lo militar

Cada imagen habla a un público y, a la vez, lo hace patente, lo visualiza. Pétain era la "France éternelle", desviada de su autenticidad después de 1918 (e incluso antes, cuando el mariscal de Verdun hubo de sofocar los motines de las trincheras en 1917). Con Franco se impuso también la imagen del militar profesional, sin ambiciones políticas explícitas, que había vindicado el honor nacional en los tiempos turbios de la guerra marroquí y que, en fechas más recientes, había mostrado mano de hierro en la represión de la huelga revolucionaria de Asturias. Y no solamente es él, sino el grupo profesional al que pertenecía...

La edición popular de la carpeta *Forjadores de Imperio* tiene fecha de 1939 y encierra una treintena de cartas postales que reproducen los originales fotográficos del

profesional zaragozano Jalón Ángel (a finales de los años setenta, la Librería General de Zaragoza todavía tenía ejemplares de ella: el mío lleva el precio de aquellas calendas, setenta y cinco pesetas). Con la curiosa excepción del purpurado Cardenal Isidro Gomá, todos son militares. La abre Franco que posa con la Laureada que se ha autootorgado; siguen Gonzalo Queipo de Llano (hablando al micrófono de Radio Sevilla), Emilio Mola, Fidel Dávila, Juan Vigón, José Moscardó y Juan Yagüe, único que ostenta la camisa azul de Falange. Y cierran la serie el veterano general Virgilio Cabanellas, los coroneles Helí Rolando de Tella, Buruaga y Castejón y –penúltimo en orden– el general Mizzian, marroquí, que sería Capitán General de La Coruña y organizador del futuro ejército del reino de Marruecos. No es que la figura de Franco se diluya entre las que lo auparon, sino que la imagen que recibe el comprador entusiasta es poderosamente institucional: el Ejército como marco de referencia y legitimidad, expresada en la galería de camaradas de armas. El culto de Franco no es excluyente y deja lugar a cultos secundarios: Moscardó o el supremo sacrificio de la vida de un hijo; Varela o la admiración por el soldado que tiene dos Laureadas; García Morato o el as de la aviación; Monasterio o el atrevido impulsor de una de las últimas cargas de caballería; Queipo o la astucia propagandística; Aranda o la resistencia heroica; Millán Astray –ausente en la carpeta– o la exhibición procaz de sus minusvalías heroicas...

Lo primero que significó ese horizonte de guerreras y de botas fue la aceptación de la superioridad de lo militar por parte de la clase media española. No era asunto fácil, sin embargo. Desde principios de siglo, el antimilitarismo fue –junto al anticaciquismo y el anticlericalismo– una de las identidades más estables de las clases emergentes en los medios urbanos. La vinculación de militarismo y rechazo de los nacio-

Izda. Queipo de Llano por Jalón Ángel

Centro. Yagüe por Jalón Ángel

Dcha. El Mizzian por Jalón Ángel





Varela por Jalón Ángel

nalismos periféricos se escenificó convenientemente en el asalto de 1905 a la redacción del *Cu-Cut* y la respuesta popular a la Ley de Jurisdicciones, decretada por el gobierno, agrupó las fuerzas progresistas en un anticipo de lo que, años después, sería el sintagma maldito, “rojos y separatistas”. Que, por otro lado, ya habían pedido responsabilidades juntos después de la vergüenza de 1898 y las volverían a reclamar en la mescolanza de incompetencias profesionales y estafas económicas que jalonaron los días del protectorado marroquí. En 1923, con la dictadura de Primo de Rivera, se produjo un estado de excepción militar que su promotor nunca desarrolló del todo. Fue un gobierno cívico-militar de perfil ideológico deliberadamente muy bajo, que su primer manifiesto asociaba –con reveladora y cómica plasticidad– a la “virilidad bien caracterizada”. Solo en su interior fermentaron elementos que se desarrollaron después de 1936: la idea de “movimiento nacional” unificador, la aversión por la política tradicional de partidos, la mitificación del orden público.

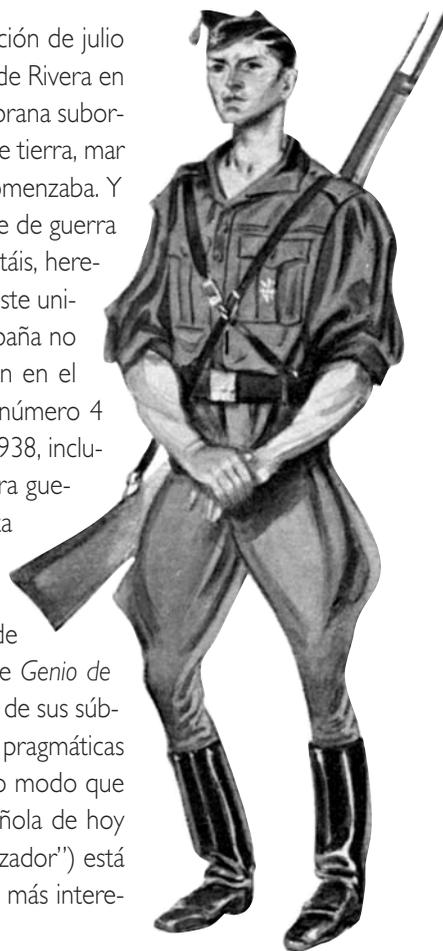
Lo que en 1936 prevaleció fue la “otra” clase media: la que había seguido los halagos a los jefes del ejército de África (en las crónicas de sociedad de periódicos como ABC), la que suministró madrinas de guerra a aquellos jóvenes oficiales en busca de medallas y de ascensos y la que consideró en 1932 que los decretos de Manuel Azaña herían una vieja alianza entre las timoratas pequeñas burguesías y los defensores del orden. Pío Baroja expresó su desdén hacia ella, con la franqueza de siempre, en el epílogo “Palinodia y nueva cólera”, de *Juventud, egolatría* (1917). Yendo en el trenecito de San Sebastián a la frontera francesa se ha encontrado una familia típicamente mesocrática: “El padre, un señor flaco, cetrino y avinagrado; la madre, una mujer morena, de ojos negros, gorda, llena de joyas (...); una hija de quince a veinte años, bonita, con un novio teniente”. La conversación aborda inmediatamente los dramáticos sucesos de agosto, con el estallido de la huelga general. “–Debían matarlos a todos– saltó la novia del teniente–. ¡Disparar contra la tropa! ¡Qué bandidos! –Y luego teniendo un rey como el que tenemos!– exclamó la señora gorda, la del color de la parafina de las bujías, con aire lastimero–. Nos han reventado el veraneo. Sí, yo creo que debían matarlos a todos. –Y no solo a ellos – saltó el padre–, sino a los que los dirigen; a los que escriben, a los que tiran la piedra y esconden la mano”. Baroja sabía muy bien qué clase de percal tenía a mano...

Pero, veinte años después, el liberal fatigado abdicaba de buena parte de su radicalismo. Seguía rindiendo culto a los “grandes hombres que han intentado aclarar el mundo: Demócrito y Epicuro; Lucrecio y Marco Aurelio; Copérnico y Kant”, pero –a despecho de esa profesión de laicismo– pensaba que “la pedantería y el determinismo emborran a las gentes. Ya no puede haber explicaciones, ni razonamientos, ni crítica, sino solo violencia física, fuerza de las armas. En una época así, tan bárbara y tan bestial, vale más un tirano que cien mil. Con un tirano, quizá se pueda vivir y discernir; con cien mil, imposible”. Y concluía, páginas después: “Hoy los liberales tenemos que pensar en la posibilidad de la dictadura. La aceptaríamos con gusto si ella pudiera dar el mínimo de esencia liberal necesaria para la vida del pensamiento, y al mismo tiempo acabara con la repugnante crueldad que hoy reina en España” (ambos textos en *Ayer y hoy*, Santiago de Chile, 1939; solo en la nueva edición de *Obras completas*, Barcelona, 2000, XVI).

Modas de guerra

Nadie ignoraba que lo militar era el ingrediente básico de la sublevación de julio de 1936 y la hoja clandestina del 4 de mayo de 1936, escrita por Primo de Rivera en la Cárcel Modelo de Madrid, es muy explícita al respecto de aquella temprana subordinación: “¿Habría todavía entre vosotros –soldados, oficiales españoles de tierra, mar y aire– quien proclame la indiferencia de los militares por la política?”, comenzaba. Y concluía: “Jurad por vuestro honor que no dejaréis sin respuesta el toque de guerra que se avecina. Cuando hereden vuestros hijos los uniformes que ostentáis, herederán con ellos: O la vergüenza de decir, “cuando nuestro padre vestía este uniforme dejó de existir lo que fue España”. O el orgullo de recordar: “España no se nos hundió porque mi padre y sus hermanos de armas la salvaron en el momento decisivo””. *Vértice*, la revista falangista de guerra, dedicó su número 4 (julio-agosto de 1937), “Al Ejército”, y en su entrega 18, noviembre de 1938, incluyó un trabajo de Ernesto Giménez Caballero, “Trajes y modas de nuestra guerra”, que no deja de ser profundamente revelador de un talante (y hasta de una abdicación), en el marco de una revista que procuraba elevar la moral de retaguardia con sus secciones de cotilleos (“Chau-chau cinematográfico”) o sus satinados reportajes fotográficos sobre tendencias de la decoración o de las modas femeninas. Dos son las tesis del autor de *Genio de España*: toda nueva política es una intervención del poder en el atuendo de sus súbditos (“Carlos V el César y Felipe II el Duque del Escorial dictaron muchas pragmáticas para regular el imperial atuendo y lograr un estilo hispánico”, del mismo modo que “Mussolini ha dado *mónitos* para vestir en la nueva Italia”); la vida española de hoy (como advierte “el ojo poético” que “debe estar atento como el del cazador”) está condicionada por lo militar y en ese marco se producen los fenómenos más interesantes de la moda actual.

Bota alta (dibujo de Teodoro Delgado, aparecido en el artículo de Giménez Caballero, “Trajes y modas de nuestra guerra”, *Vértice* n° 18, noviembre de 1938)





1



2



3

1. Candora
2. Sahariana
3. La canadiense
4. Bota navarra
5. Auxilio social

(Dibujos de Teodoro Delgado, aparecidos en el artículo de Giménez Caballero, "Trajes y modas de nuestra guerra", *Vértice* n° 18, noviembre de 1938)

Lo que sigue es una estrambótica (y un tanto delirante) fenomenología de la moda castrense en plena contienda. Se enumera primero "lo que nos viene de fuera", que no es poco: de los rusos se han adoptado los gorros de visera, los forros de astracán y los capotones de abrigo; de los más cercanos hermanos árabes, la candora que es "la más bella de todas" las prendas de abrigo y que viene a ser "variante morisca del brial o ciclatón castellano", así como la sahariana que "ha tenido un éxito triunfal en nuestra oficialidad este verano". Aunque señala que esta prenda —"cazadora ceñida y holgada, elegante y desenvuelta"— se ha imitado de las tropas coloniales italianas destacadas en Libia. A cambio, las telas rayadas de chilaba y la chechia o fez moruno, más castizas, están llamadas a imponer su huella en la moda femenina: de las primeras vio tejer en Xauen una con destino a "la señora de Fernández Cuesta y alabé mucho su gusto"; el tocado, sin duda, tendrá "graciosa aplicación femenina en días de paz". Lo germánico ha estado también presente. Se han impuesto los briches, o pantalones abombados: "Si esta guerra ha servido para algo ha sido para reaccionar contra el horrendo, abogadesco, democrático pantalón largo. Restaurando la bota de montar, el pantalón briche y la espuela". Casi todos los generales han optado por él, aunque conozca variantes: por ejemplo, "el general Varela es

un entusiasta de la media bota españolísima". Abolengo germánico ha de tener también la canadiense, "prenda que ha debido bajar desde el Canadá hasta el robusto talle de un general Yagüe que gusta mucho de usarla y de arroparse con ella".

Romana es, en cambio, la camisa, prenda fascista por antonomasia y que engarza con tradiciones mediterráneas. Su apogeo ha impuesto "el cuello vuelto o la anticorbata" que fue, en realidad, "el resultado democrático y liberal de una batalla ganada en el siglo XVIII, contra la clásica, católica y españolísima golilla", que hoy parece rebrotar en las puntas del cuello abiertas sobre la guerrera. Pero de "más adentro" todavía han surgido atuendos de signo popular. Destaca entre ellos la bota navarra "con sobrecabeza de lana blanca vuelta sobre el tobillo" que es "el calzado ideal del avance" y uno de los "hallazgos más bellos y maravillosos de esta guerra". Tanto que "solo en el verano y por tierras levantinas ha tolerado la bota navarra ser sustituida por otro calzado milenario e iberísimo en España: la sandalia de esparto, la clásica y genial alpargata". Venido del sayo ibérico y quizá emparentado con la casulla eclesial, el capote-manta evoca la Legión: "¡Verde y con forro blanco de seda, cuello de fina piel! Es ver a Franco en Marruecos sobre su caballo blanco. Es verle asomarse al balcón de los orígenes del movimiento (...). Es ver embozarse como un modelo de distinción y gallardía al glorioso mutilado Millán Astray en su exquisito y fino capote legionario". Pero tampoco cede en casticismo el tabardo ("el general Aranda es un gran guerrero de tabardo y cayado"), ni el universalizado pantalón negro de pana, que proporciona el tipo de "labrador en armas, milicia de concejo medieval, terruñera y en hermandad", completado quizá con aquella boina roja que pudo comprobar en Italia, donde estaban presentes todos los colores de la cromática camisería fascista, que era el más apreciado distintivo de los camaradas españoles.

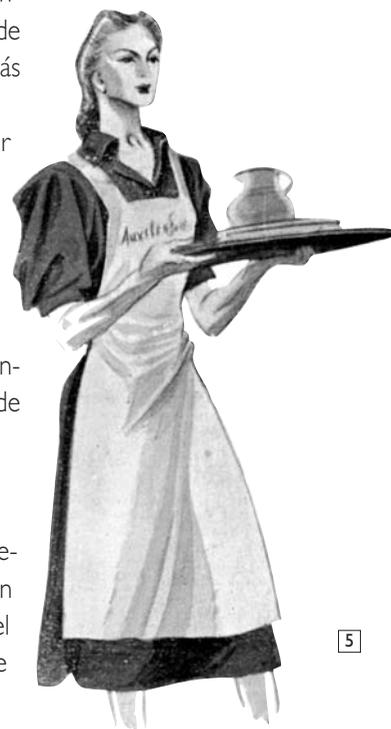
También a las mujeres les ha llegado la nueva elegancia de la guerra, y no solo por la vía del fez o las telas de chilaba. El modelo futuro será, sin duda, Carmen Polo de Franco que "pareció dar la norma con sus trajes enlutados, simples, hogareños". Para las más jóvenes, la línea de la moda futura la marcan las chicas de Sección Femenina, Pilar Primo y Mercedes Sanz Bachiller, la joven viuda de Onésimo Redondo: "La blusilla azul, la faldita negra, el zapato negro y bajo, el cinto de cuero: he aquí el atuendo casi carmelitano que Pilar ha fijado", además de "el delantal blanco, puesto sobre el uniforme por Auxilio Social, por el gusto firme y delicado de Mercedes Sanz Bachiller".

La exaltación del mando: metonimias del poder

El delirio uniformador de Giménez Caballero no es un hecho aislado. Los carteles e ilustraciones de Carlos Sáenz de Tejada o de Teodoro Delgado se complacen en la estilización de las botas navarras, en el flamear de las camisas abiertas sobre el pecho, en el terciado de las boinas o en el recatado vuelo de los delantales (sobre

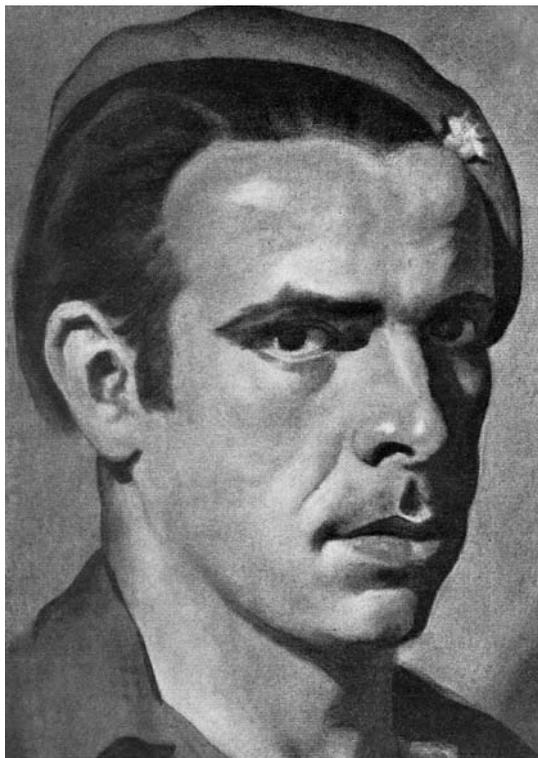


4



5

las largas faldas) de las gráciles enfermeras y asistentes de Auxilio Social. Los niños vestirán habitualmente camisa azul y boina roja, como si el país entero estuviera poblado de flechas y pelayos. Y el vestuario de los filmes que, en los años siguientes, reflejen los años de la preguerra o de la guerra no olvidará confrontar el marcial uniforme militar de los héroes con el cuidadoso y aburguesado atuendo de los señoritos “rojos” y, por supuesto, con el desaliñado amenazador de las “hordas”.



Benito Prieto, “Retrato de un falangista”, en “Monjes y soldados”, *Vértice* nº 25, agosto-septiembre de 1939

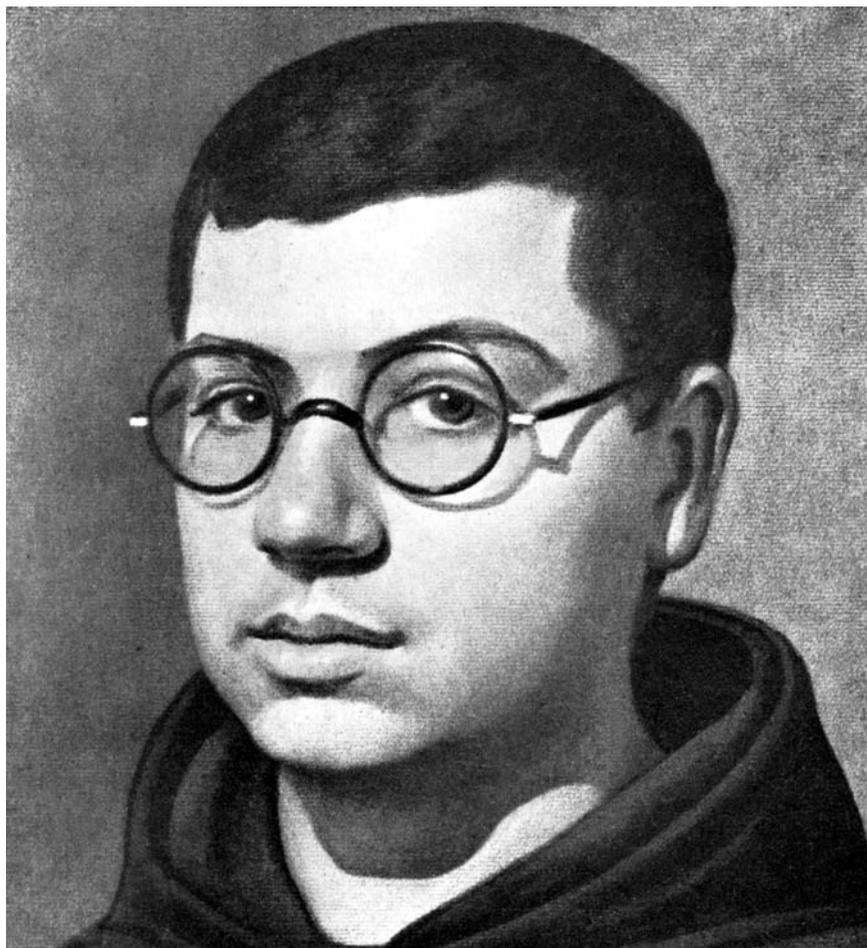
El estilo castrense es la nueva mística: la unidad al servicio y mando de una capitanía. Por eso se glosa tan a menudo la expresión “mitad monje, mitad soldado” que corrige significativamente, castizamente, aquella otra más laica del fascismo italiano, “libro e moschetto, fascista perfetto”. Aquí no hace falta leer, porque siempre hay alguien que lo hace por nosotros. Una página de *Vértice* representa inmejorablemente el paradigma al confrontar la imagen inquisitiva de un monje joven y la iluminada de un miliciano falangista, pintados ambos por Benito Prieto (número 25, agosto-septiembre de 1939). El comentario literario anónimo no tiene desperdicio: “Monjes y soldados: un corista del Real Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe y un caballero alférez de Infantería. Dos rostros de la mocedad de España, en los que no se adivina quién vigila, si el monje o el soldado, ni quién de ellos está en milicia y utiliza más castrenses armas”. La pasividad obediente es lo único que se exige del súbdito. El poder, más que gobernarlo, lo sustenta: lo crea.

A la constitución de la nueva mística corresponde el uso reiterado de la imagen fotográfica de Franco, siempre en atuendo militar y a plana completa: en el número 4 de la misma *Vértice* (julio-agosto de 1937), bajo la inscripción “Este es el Caudillo”, se reproduce la fotografía de Helmuth Kurth, de Munich; en el 6 (noviembre de 1937), una fotografía de Pepe Campúa; en el 20 (mazo de 1939), al borde la victoria, nueva foto de Calvache sobre la que se imprime un soneto de José María Alfaro que es retórica pura pero puede ser paradigma de muchos otros. La asociación de Franco a la espada que resuelve y determina va a ser obsesiva en los vates de la victoria, como iremos viendo: “Por la gracia del puño, en tí, la espada / se hizo corcel de imperios y de mares”. Menos frecuente es el aliento vanguardista y un si es no es lorquiano de lo que sigue: “El litoral del sueño desempeñan / las bayonetas en su furia alada. / Canta el laurel tu senda sin azares / y el Ebro, Duero y Tajo te acompañan”. Aunque también venga a parar en liturgia obligada la enumeración de geografías peninsulares como expresión de la omnímoda potestad del triunfador de la guerra...”

En la primavera de 1939 la Librería Santarén, de Valladolid, puso en los escaparates la *Lira bélica. Antología de los poetas y la guerra*, cuyo prólogo —fechado en el II Año

Triunfal, 1937— se felicitaba por la abundante cosecha de libros de versos inspirados por la contienda y por los que habrán de surgir a tenor de lo que al autor de la antología, José Sanz y Díaz, viene percibiendo como encargado que es de la sección específica que la revista de humor *La Ametralladora* dedica a las composiciones de los poetas combatientes.

Una de los primeros que antologa en su libro es el soneto “El Generalísimo”, de Felipe Cortines y Murube, que insiste de nuevo en la fetichización de una espada que el más lego lector de Freud asociaría al falo dominador de un padre justamente enfurecido: “... España / contempla tu valor y tu hidalguía, / Caudillo de la santa rebel- día / que en la luz imperial su acero baña”. En el poema “La mano de Franco”, de Antonio R. Guardiola, el atributo carismático del poder pasa a ser la mano, a la que asigna el poder taumatúrgico de los monarcas sanadores de la tradición medieval. El tono de unción narrativa y los versos largos y litúrgicos son lo más apropiado a tan atrevida transposición:



Benito Prieto, “Retrato de un monje”, en “Monjes y soldados”, *Vértice* n° 25, agosto-septiembre de 1939

*Yo he visto en Salamanca, en un balcón barroco,
la mano milagrosa del fuerte General.
Y aunque se abrió velada en cortesano guante
yo ví que era del pueblo aquella mano leal.
(...) nadie pregunte, blasfemo, quién le mueve,
¿No comprendéis, amigos, que le ha inspirado Dios?*

Foto de Calvache. Retrato aparecido
en *Vértice* n° 20, marzo de 1939



Pero su carisma también procede del ejemplo de Cisneros y de la reina Isabel la Católica. Decididamente, “no es mano cortesana” la que rige con tanta firmeza los destinos del país. Lo junta todo: es “sanadora” pero también “de experto nauta, de timonel de gloria”, y hasta es de “pontífice” cuando imparte “su bendición al pueblo”. Otro soneto, mucho más conocido, el de Manuel Machado, se apoya también en la intencionada reducción metonímica de la majestad del jefe. Pero ahora la parte visible de la metonimia es “la sonrisa”, una observación que no parece compadecerse demasiado con la imagen hierática o con la mueca de cordialidad poco espontánea que nos transmiten los retratos del Caudillo. Pero Manuel Machado insiste en que el “Caudillo de la nueva Reconquista” es hombre que “sabe vencer y sonreír” (por dos veces, en los versos segundo y quinto) y concluye su poema con un terceto de innegable brío:

*Para una España que el ayer no niega,
para una España más y más y más España,
¡la sonrisa de Franco resplandece!*

Fotógrafo no acreditado.
Retrato aparecido en *Vértice* n° 25,
agosto-septiembre de 1939

(Una interpretación benévola, pero no descabellada, del poema habría de insistir en el deseo de “una España que el ayer no niega” y que, sin duda, se refiere al legado liberal cercano, lo que seguramente colocaría la exaltación de un Franco sonriente que “inspira fe y amor” más en el terreno persuasivo de lo propiciatorio que en el ámbito retórico de la aclamación. Puede, a fin de cuentas, que Manuel Machado escribiera un soneto más cauteloso de lo que se piensa).

El poema del autor de *Alma* se reprodujo en la suntuosa *Antología poética del Alzamiento* (Establecimiento Cerón y Librería de Cervantes, Cádiz, 1939; el colofón precisa que fue el “Tercer Día de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo en el Año MCMXXXIX de Cristo y III del Triunfo de España”), compilada por José Villén y dedicada a José María Pemán, “poeta y alférez”. El libro se divide en siete cantos (aunque, en rigor, son ocho), el último de los cuales se llama “Cantos del Caudillo”. Allí se recoge un poema francés, de Armand Godoy, inspirado por otra expresión del poder que el uso convirtió en liturgia: la triple invocación del nombre del Caudillo. No falta, en su caso, la inicial y ya conocida invocación a la espada (“Don Quichotte et le Cid ont trempé ton épée / dans les eaux





Desfile de la "Victoria"
en Madrid, 19 de mayo de 1939

*Franco, Franco, Franco grita todo el mundo
Franco, Franco, Franco es clamor de gloria
Franco, Franco, Franco con gozo profundo
exclama el soldado tras de la victoria*

Para concluir en el verso noveno con la renovación de la jaculatoria y la proclamación del total rendimiento:

*Franco, Franco, Franco: tu nombre gigante
—nimbado de excelsa Gloria fulgurante—
pasará a la Historia con letras de oro.*

du Jourdain, dans le sang des Martyrs”) pero es “ton nom, crié trois fois toujours” lo que al poeta le parece que cubre de bienes el presente, el pasado y el futuro. Todo se triplica en su imaginación épica:

*Porteur du triple gloire de nos prières
ton nom, perçant les murs des villes prisonnières
leur annonce le Pain, la Concorde et l'Azur.*

Es indudable que la triple enunciación ceremonial coincidió con un uso fascista (“Duce, Duce, Duce”) pero pienso que, por asociación fonética e intencional, estuvo más cercana del “Santo, Santo, Santo” de la oración que el sacerdote pronuncia en la Misa, inmediatamente después del Prefacio y antes del Canon, o parte invariable. Y no es casual tampoco que el sortilegio de lo triple se reitere en la invocación del nombre de España seguida de sus atributos: “una, grande, libre”. También en el poema del gaditano Eduardo de Ory, “El gran caudillo”, recogido en la selección de José Sanz y Díaz, encontramos un soneto que se vertebraba alrededor de la consigna, emblema del poder:



Mitologías del origen

Todo héroe salvador tiene un origen mítico. En la mitología cristiana y en la germánica, la salvación está asociada a alguien que forma parte del linaje pecador pero que previamente ha experimentado una transformación, una depuración que lo convierte en prenda del rescate colectivo: Cristo o Parsifal. José María Pemán, en su conocido *Poema de la Bestia y el Ángel* (Jerarquía, Pamplona, 1938), desarrolla la leyenda “Los dones de las tres hadas”, que habla elocuentemente de tal predestinación. Tres son las que llegan a “la cuna blanca que espera la visita” en un rincón de Galicia. La primera tiene los “ojos negros, tristes / como las infinitas noches de Beni Arós” y le aporta al niño que duerme una espada con lujoso puño de oro y “punta impaciente”. La segunda, de ojos “verdes como los pinos / de Salamanca y Burgos”, le trae una pesa de plata, símbolo de su ponderación y gobierno. La tercera —“la mirada celeste”— le regala la misma sonrisa que exaltó Manuel Machado y se dirige a sus compañeras:

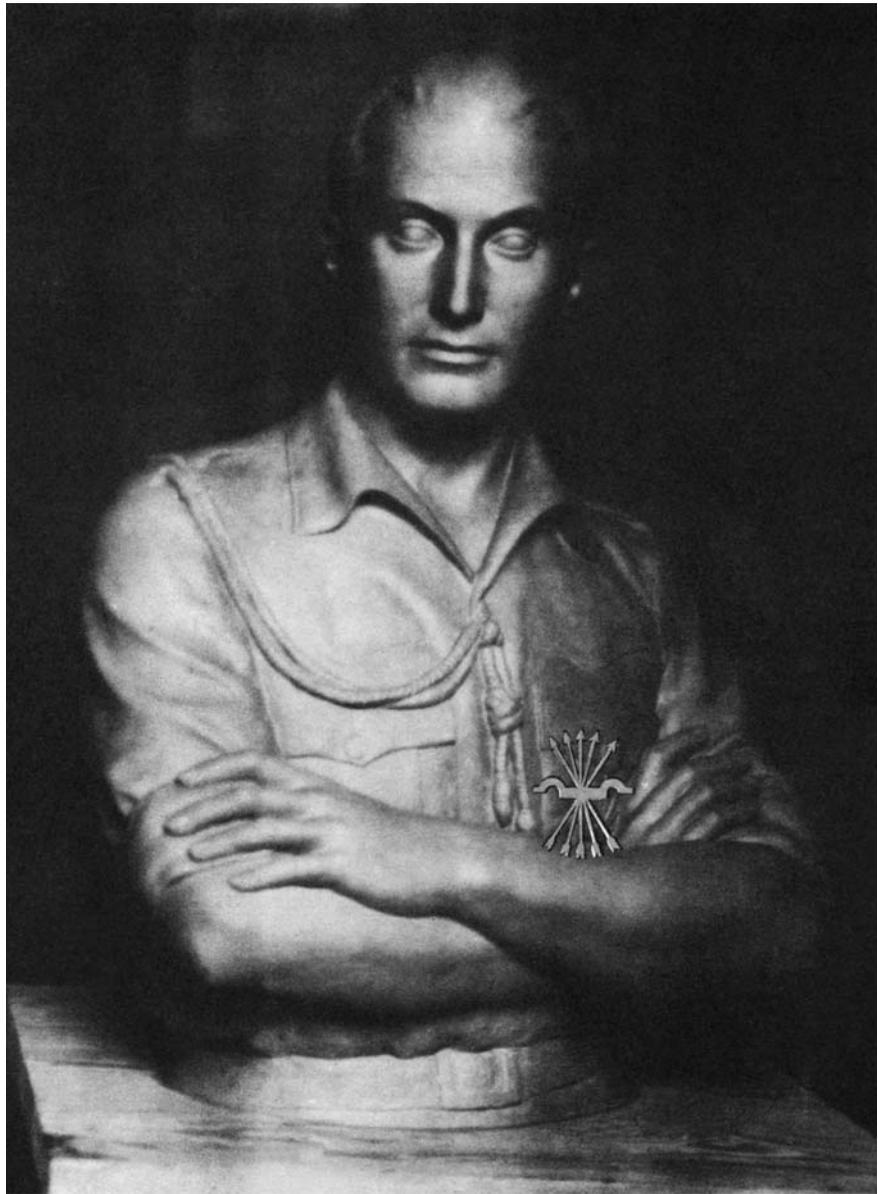
*Con tu espada invencible conquistará la tierra
y los vientos y el sol.*

Con tu pesa medida, conquistará el respeto...

¡Con mi sonrisa conquistará el amor!

Detalle del mural “... el enviado de Dios” de Reque Meruvia pintado en los años cincuenta para la Sala de la Guerra Civil del Archivo Histórico Militar de Madrid

"José Antonio: profeta del imperio",
escultura de Aladrén, foto de Aracil
aparecida en *Vértice* n° 4,
julio-agosto de 1937



Eduardo Marquina, a cuyo teatro poético tanto debía la inspiración de Pemán, publicó en 1941 un poemario, *Los tres libros de España*, que reanudaba –aunque en tono bien diferente– su vieja vocación de poeta civil y withmaniano de comienzos de siglo. El libro se divide en tres partes –“España en ocaso (vísperas)”, “España militante (acta)” y “España en albas (triumfos)”–; la última es la más breve y la que nos interesa por más que todas tres sean ejemplo preclaro de las abdicaciones morales de un escritor de fama y de la alarmante cercanía de su estro al ridículo grandilocuente. Se inicia con

tres sonetos dedicados al “mozo” José Antonio (“Te dé el Caudillo paz bajo su espada”), pero muy pronto es la figura de Franco la que acapara el mérito de la victoria:

*Un nombre –Franco, Franco, Franco– el nombre,
símbolo y flor de España,
salta de todas las bocas,
se apoya en todas las gargantas,
y atraviesa el espacio, prendido
en el vellón del aire de la Patria.*

Él es quien aparece como “Cid Francisco Franco el Justo”, convertido –por gracia de la omnipresente espada, siempre– en “medida, vértice y núcleo / de las anchuras de España” y es invocado en términos de taumaturgo creador; como ya conocemos: “César sobre este pavés / de un bosque Laureadas, / tú has dado bulto a la vida / de los que la disipaban, / tú has dado vida a los muertos / rozándoles con la espada”. Pero Marquina no se resiste a dejar de añadir de su cosecha algo a la mitología heroica en el poema “Tres madres (Anécdota imaginaria)”. Presenta a Franco, aclamado en una plaza de Oviedo, y entre la muchedumbre enfervorizada, a tres madres –una marroquí, una navarra y una gallega– que han clamado “¡Hijo!” al ver al héroe,

*Porque ve en él su Cid, la de la media luna;
porque es tan hombre en todo, la de Navarra, hombruna;
y la tercera que, en verdad, lo dijo
porque meció su cuna.*

Franco ha dudado: “No sé a cuál prefiero”. Y mientras la musulmana y la navarra agradecen sus halagos, la gallega se va modestamente porque “yo sé que con mis besos / quedéme para siempre en tu memoria”. Los signos del héroe medieval comparcen también en un poema de resonancias rubenianas (algo datadas a la fecha), “Capitán”, de Lope Toledo, incluido en nuestra ya conocida antología de Sanz y Díaz, *Lira bélica*. Una bella dama medieval languidece en su castillo, esperando al héroe que pasa de ser el hijo deseado por toda mujer al pretendiente soñado por toda virgen:

*Es un príncipe moreno por los soles africanos
y va al frente de un cortejo de señores,
paladines de la guerra,
que saltaron el estrecho –espuma y yodo–
persiguiendo los fulgores de una estrella.
Un príncipe que es fraile. Y es soldado y es poeta.
Un atleta*



temerario de la historia (...).

¡Ya se acerca!

¡Con sus jóvenes guerreros, ya se acercan

los que avanzan en sus árabes corceles!

Yagüe, Tella, Castejón, Varela,

¡Buena escolta, capitán, qué buena escolta tenedes!

En la misma antología, quien firma con las siglas A.G.L., es autor de un romance, “El juramento de las Huelgas”, que festeja el solemne acto de constitución del Consejo Nacional de Falange Española en el invierno de 1937. Es, por supuesto, una “clara mañana de invierno, / mañana de Romancero” y campanas y clarines saludan “al buen Caudillo, / señor de los altos hechos / que por las puertas del Cid / cabalga noble y austero”, al frente de “sus generales / de gloria y polvo cubiertos”, rodeado de “la guardia mora, / blanco fulgor del desierto”. Bastantes años después, aquellos soldados cetrinos, ataviados pintorescamente y armados de sus anacrónicas lanzas, seguirían siendo el símbolo del poder de Franco, un autohomenaje permanente a su biografía ideal de guerrero y una muestra, sobre todo, de su discutible y bastante *pompier* sentido de la escenografía: la mezcla de orgullo campamental (el africanismo), de falso medievalismo decorativo (su concepción de la monarquía militar) y de esplendor religioso (los ritos bajo palio). Pero esta alianza de lo profano y lo sacro era también muy querida para sus leales, y el propio A.G.L. no duda en evocarla, al hilo de los acontecimientos de Las Huelgas:

Entre las nubes de incienso,

abatén viejos obispos

sus tonsuras hasta el suelo

y se abaten las banderas

ante el augusto misterio.

Juan Francés,

pintura idealizante de Franco

Todo poder es, en resumen, un misterio. Pero el de Franco era un misterio transparente: se construyó a medias entre su propia vanidad y su mezquindad estética y el sueño adulador de sus leales, que no eran mucho mejores que él. Todo fascismo es fundamentalmente *kitsch*; el nuestro lo fue en grado superlativo. La más famosa de las composiciones laudatorias –gracias a un título de Francisco Umbral– ha sido, sin duda, “Franco, leyenda del César visionario”, que cierra los *Poemas de la Falange eterna*, de Federico de Urrutia (Aldus, Santander, 1938). Pero no tiene nada que no conozcamos ya: el “Marruecos legendario” donde se fraguó el mito, la consabida “espada” de “un guerrero de antaño” y la unidad disciplinada de “bosques de brazos alzados”, que remata, otra vez, el triple grito, con un efecto de eco cósmico en nuestro caso:

*Y por los vientos del mundo
con temblor de meridianos,
desde la América virgen
hasta el Oriente lejano,
retumbó el nombre del César.
¡Franco!... ¡Franco! ¡Franco! ¡Franco! ○*

**Constructing Franco:
The early years**

abstract

This is a study of how Franco’s public persona was initially constructed in the propaganda of the regime, particularly in close relationship to the expectations and identity of the social groups that had been victorious in the civil war. Through a series of journalistic and literary texts, which starkly contrast with what happened with other fascist leaders, we see the unique glorification of a militaristic identity for Franco (surprisingly after nearly forty years of an antimilitary intellectual tradition) –authoritative and paternal– as well as an appeal to historical mythification of questionable quality.